SALVADOR RUEDA

La Procesión de la Naturaleza.

POEMA

EL POETA FUTURO

MADRID
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DE JOSÉ RUEDA
58.—Huertas.—58.
1908

LA PROCESIÓN DE LA NATURALEZA

SALVADOR RUEDA

La Procesión de la Naturaleza.

POEMA

EL POETA FUTURO

MADRID
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DE JOSÉ RUEDA
58.—Huertas.—58.
1908

Esta obra es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Salvador Rueda

Fotografía de Compañy.

A la Asociación Patriótica Española

DE

BUENOS AIRES

Altísima institución de fraternidad humana, engrandecida por el noble patricio y orador insigne D. Rafael Calzada.

Salvador Rueda.

Prólogo.

. . . . . .

»Los versos del genial Salvador Rueda son rutilantes como soles y luminosos como cascadas. Es la constitución poética más resistente que tiene la España actual. Es un instrumentador formidable, maravilloso. Su prodigioso genio lírico, es un don otorgado como gracia de Dios; hace versos como la fuente canta y como el ruiseñor trina.

¿Recordáis aquellas deliciosas y sencillas estrofas de Francisco Jammes:

Un poète désait que, lorsq'il etait jeune,
il fleurissant des vers comme un rosier de roses?

Pues así es Rueda. Más aún; se puede decir de él lo que Moreas dice de Verlaine: Poeta, no es más que eso; nada más que poeta, que da versos y rimas, como el rosal da rosas. El gran Salvador es una fuerza insustituible en nuestra poesía contemporánea.

—Sin embargo de esa admiración por Salvador Rueda ¿también admira V. á Ruben Darío?

—Sí; y compaginan muy bién ambas admiraciones. Uno, es un poeta sabio; y otro, un poeta natural».

. . . . . .

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

El Nuevo Mercurio, 1907.

I

PRELUDIO

Por mitad del París de artificio dorado
que de tanta luz ciego del abismo va en pos,
donde olvidan los hombres el principio sagrado
de la vida que plena se deriva de Dios:

Por mitad del París que es del mundo compendio
y que atado lo lleva de su carro triunfal,
á cruzar va del día bajo el cálido incendio
el vigor de la santa Procesión Natural.

Pasarán mónstruos, pájaros, terroríficas fieras
como libros perennes de pristina virtud,
como abiertos misales de las causas primeras
y evangelios sublimes de inmarchita salud.

Su lección sempiterna van á dar á la vida
la paloma, la víbora; el insecto, el león:
¡pues mejor que en las almas, se conserva esculpida
en los monstruos, la gracia que distingue su dón!

En las falsas ciudades prostituyen los hombres
á la vez que su espíritu, su figura carnal;
sus virtudes se vuelven laberintos sin nombres,
y alza el lápiz de un loco su mansión lineal.

Retorcidas las almas, retorcidas las frentes,
desflorada la esencia virginal de su amor,
las ciudades son jaulas de furiosos dementes
que se agitan en muecas de convulso dolor.

Mas he aquí que á la raza de los hombres caídos
van á dar el refuerzo de su impulso vital,
los rebaños de fieras con sus broncos rugid
los tropeles de pájaros con su estela ideal.

El Pastor que conduce la visión ondulante
una bruma lejana lo diseña al reluz;
una á modo de aurora le circunda el semblante
como un círculo ardiente de intensísima luz.

Y un zumbido profundo cual de inmenso Océano
temblar hace en su asiento la febril capital,
esperando impaciente que el prodigio extrahumano
atraviese las calles como río inmortal.

II

Los tigres

Avanzan los tigres la marcha rimpiendo;
dejan en los bosques sus libres palacios;
avanzan magníficos por ojos trayendo
dos ópalos de oro, dos ígneos topacios.

Sus pieles arrancan triunfal griterío
de la muchedumbre que absorta las mira;
y el sol al vestirlas de luz y de brío
á sus listas áureas un pálio les tira.

Dicen que vagando por verdes juncales
y por las orillas de ríos hermosos,
al tigre le estampan los cañaverales
sus rayas y juegos de luz temblorosos.

Y lleva por eso su piel soberana
alternando en líneas de luz y de sombra,
el real varillaje de rubia persiana
que el alma y los ojos fascina y asombra.

Cuando van hambrientos detrás de otros brutos
por entre las cañas del río sonoro,
vetean sus pieles los largos canutos
con rayas de sombras y rayas de oro.

Es épica y noble su piel de lunares,
y se ven en forma de luz y de nieblas,
tiradas á regla las listas solares,
y á regla tiradas las torvas tinieblas.

Avanzan echando las zarpas hermosas
con paso solemne de un Córpus gigante;
aterran y atraen sus fauces grandiosas
y fingen sus colas penacho triunfante.

Son alta y soberbia lección de bravura;
mientras pasan, zumban de asombro las bocas,
cual rueda de un trueno la vasta hermosura
por cortes de abismos y cumbres de rocas.

Y al par que caminan en recios tropeles
por París absorto las mil alimañas,
se ven en desfile pasar por sus pieles,
más cañas, más cañas, más cañas, más cañas...

III

LAS OVEJAS

Sinfonizando el aire con sus balidos
como orfeón de lloros, ayes y quejas,
vienen los recentales extremecidos
entre el móvil rebaño de las ovejas.

Lanzados en carreras y en saltos ciegos
y haciendo al tropezarse gracias distintas,
deslían los ovilos de sus mil juegos
como quien tira al aire flotantes cintas.

Meciendo á un lado y otro sus blandas colas,
van las madres robustas de fibras sanas,
rebujados los cuellos como entre golas
y la monjil cabeza ceñida en lanas.

Van así las sociables, nobles ovejas,
para madres nacidas, madres clementes,
de lengua que es un dulce panal de abejas
y de senos fecundos como dos fuentes.

Familiares y tiernas van conduciendo
por París asombrado sus libres crías
que entrañables á veces las van lamiendo,
agotando en peinarlas sus energías.

Dobladas las rodillas los recentales,
de las madres se cuelgan en ocasiones
y chupan codiciosos los manantiales
dando bruscas trompadas en los pezones.

Y las madres se paran para que beban
de sus ubres divinas el tibio riego,
y á sus hijos transmiten todo el que llevan
en las nobles entrañas, sublime fuego.

Y mientras que absorbiendo savia encendida
mezclan las degluciones y cabriolas,
al gozo con que sienten beber la vida
titilan de entusiasmo sus raudas colas.

Un clamor de mil voces llena los vientos,
recentales y ovejas dan sus gemidos,
las ternuras se enlazan con los lamentos,
y los lloros se funden con los balidos.

Y París que contempla las maravillas
del ardor de las madres dando sus quejas,
casi quiere en el suelo dar de rodillas
y aprender amor santo de las ovejas.

IV

LAS LÁMPARAS DEL OCEANO

Vienen en acuario grandioso cautivos
por milagro inmenso, peces luminosos
que rayan las ondas y van fugitivos
como horizontales cöhetes radiosos.

Del mar en las simas al hombre secretas
tejen una danza sus llamas errantes,
mueven un trenzado sus líneas inquietas
como treyectorias de luz palpitantes.

Allá en las regiones más negras, más hondas,
que tiene el Atlántico de brava armonía,
donde duerme el agua sin risas, sin ondas,
hay llamas que trenzan una fantasía.

Cual raras linternas de brillo esplendente
van peces no vistos, por ojos llevando
lámparas nocturnas de fósforo ardiente
con las que sus giros se van alumbrando.

Y ese baile extraño de mil meteoros,
al hender los velos del agua ideales,
describen enlaces de rosas y oros,
palmas de rubíes y arcos de corales.

En el torvo abismo del ámbito ciego
donde el sol no infiltra sus rayas y cruces,
Dios pone á los peces escamas de fuego
como incrustaciones briosas de luces.

Igual que se corren las vivas estrellas
trazando en la noche regueros sutiles,
cruzan en parábolas temblantes y bellas
líneas cegadoras de verdes y añiles.

Y entre tantos peces de ardientes aristas,
huyen los vestidos de cobres y gualdas,
pasan los que alumbran llenos de amatistas,
cruzan los que esplenden llenos de esmeraldas.

Cual ascuas caídas de un sol soberano,
los peces ceñidos de escamas radiosas,
describen las danzas del hondo Oceano,
las danzas gigantes de piedras preciosas.

Y entre el laberinto de vidas grandioso,
hay un pez teñido de tal fantasía,
que parece un rayo de luz milagroso,
que vuela encendido de áurea pedrería.

Bajo el pecho lleva fulgor esplendente
que sublime mana tintas carmesíes,
y semeja un rojo corazón que siente
y arde como viva rosa de rubíes.

En el dorso luce focos ideales
de un blancor de plata que bello rutila,
y á los flancos lleva listas laterales
de una luz de perla que el alma encandila.

Sus latentes ojos son del sol compendio,
son dos vivos focos de ardor de la aurora,
dos tiras quemantes de un lívido incendio,
dos luengas espadas de luz cegadora.

Y este ser extraño que intenso rebrilla,
cuando de sus ojos mueve las linternas,
con dos paralelas de luz acuchilla
del torvo Océano las sombras eternas.

Donde el haz no llega del sol soberano,
los peces sembrados de luces hermosas,
describen las danzas del hondo Océano,
las danzas sublimes de piedras preciosas.

V

LOS PANALES

Y en andas conducidos se enuncian los panales,
se enuncian las colmenas pletóricas de mieles,
hechas con los aromas de verdes romerales,
hechas con el espíritu de luz de los claveles.

Llenas de logarítmos sus células obscuras,
encierran de un misterio la gran filosofía,
y ríe entre sus mallas armónicas y puras
el cuerpo rubio y rítmico que encierra la ambrosía.

Boca que absorbe mieles, absorbe una áurea ciencia
que igual la da la espiga que el pájaro en su trino,
bebe las metemáticas de toda flor y esencia,
bebe la insigne gracia del canto que es divino.

El vaso melodioso de cera elaborada
en que el panal encierra su gracia y su tesoro,
recuerda de la estrofa la euritmia armonizada
en donde el vate encierra su lírica de oro.

Parnaso de alta música parece la colmena;
en ella las abejas escriben su poesía;
de páginas-panales está por dentro llena,
y con compás escriben y cantan la armonía.

El que colgó las notas del ruiseñor canoro,
el que colgó los pétalos de la divina rosa,
el que de la pupila colgó gotas de lloro,
colgó de los panales su ciencia milagrosa.

Y al dar al vate excelso su lírica eficacia,
hizo de su cerebro, con dedos musicales,
una cantora esfera donde encerró la gracia
igual que una redonda colmena de panales.

Y al ver las santas Tablas de miel y ley repletas
que fingen los panales dorados pór el día,
¡avergonzados bajan la frente los poetas
y aprenden de un insecto dulzura y armonía!

VI

El ave del Paraiso

Ved el ave inmortal, es su figura;
la antigüedad un silfo la creía,
y la vió su extasiada fantasía
cual hada, genio, flor ó llama pura.

Su plumaje es la luz hecha locura,
un brillante hervidero de alegría
donde tiembla la ardiente sinfonía
de cuantos tonos casa la hermosura.

Su cola real, colgando es catarata;
y dirigida al sol, haz que desata
vivo penacho de arcos cimbradores.

Curvas suelta la cola sorprendente,
y al aire lanza cual tazón de fuente
un surtidor de palmas de colores.

VII

El ave lira

Oid el remedar de su garganta
que un fonógrafo lírico semeja;
canta y nadie la ve; canta y se aleja
y parece que el viento es el que canta.

En su plumaje que hacia Dios levanta,
la inspiración divina se refleja,
y entre sus alas milagrosas deja
la magia que las pinta y las encanta.

Su regia cola que el color florece,
como una excelsa lira resplandece
bajo del sol que atónito la mira.

Y entre las curvas que ábrense gentiles,
suben plumas triunfales y sutiles
que parecen las cuerdas de la lira.

VIII

LOS CAMELLOS

Vienen con sus gibas los altos camellos,
que fingen siluetas de agudas Pirámides
y dejan el plano grandioso de arenas
cual móviles conos de esfinges errantes.
Simulan hilera de ingrávidas torres,
simulan cuadrúpedos de antiguas edades
que vienen, caminan, avanzan y tienden
sus cuellos cual eses enormes al aire.
Sus cuellos semejan las líricas trompas
de orquesta de monstruos, magnífica y grande;
sus cuellos parecen de cisnes inmensos,
de magnas cigüeñas, de garzas gigantes.
Absorben el viento con ruido de tromba
cual hondos embudos sus fosas nasales,
al ir por el plano sin fondo y sin límites
con rumbo á remotas y ardientes ciudades.

Un cántaro ignoto de cuero latente
llevan como algibe formado en su carne
para cuando cruzan el ígneo Desierto
y están aún remotos los frescos palmares.
Como quitasoles de recias pestañas
sus párpados gruesos solemnes se abren,
y entre su persiana de cerdas hirsutas
se enredan y rompen las flechas solares.
Igual que avestruces, despliegan potentes
sus zancas forzudas que van incansables,
y andando y andando, navegan, navegan
como el movimiento tenaz é incesante.
Llevan en sus lomos calor de mil soles,
polvo levantado de cien arenales,
y en cerdas de cocos ariscos envuelven
sus broncas orejas de pieles salvajes.
Proyecto de un buitre simula su forma,
proyecto de un monte su dorso gigante,
volcán puntiagudo que al cielo dirige
su rojo penacho salido del cráter.
Han visto sus ojos las torres del Cairo
cual largas agujas erguirse en los aires,
y vieron sus ojos alzarse la luna
del negro horizonte, más roja y más grande.
Llegando á las hondas, rientes cisternas,
en pilas de bloques hundieron sus fauces,
y en forma de mangas, sus ávidos cuellos
sorbieron, sorbieron, cual bombas brutales.
Llevaron encima los viejos Profetas,
tal vez condujeron á Cristo inefable,
llevaron á genios, y á santos, y á dioses,
y á reyes vestidos de pompa brillante.
Su espalda es un arco macizo de templo,
pilar asombroso de atroz cariátide
donde el mundo antiguo montó con su raza
sus armas, sus libros, sus ciencias, sus artes.
Ya avanzan, ya llegan cual tren prodigioso
tramado y compuesto de mil unidades,
de recios cuadrúpedos movibles, que vienen

cargados de joyas, cargados de nácares,
cargados de mirra, de seda, de inciensos,
de perlas que pule Ceilán deslumbrante,
de telas y espadas del rico Damasco,
marfil, y opulentos tapices triunfales.
Entre Siria y Persia y Arabia y Egipto,
encima de un recio camello gigante,
el alto Mahoma trazó con su genio
del libro Koránico la gloria admirable.
París lanza un grito de asombro sublime
al ver lo que hicieron remotas edades
en que eran los hombres la fuerza, la vida,
el alma y la frente, lo intenso y lo grande.
Pasa el ancho río de impulso grandioso,
pasa el tren de vivos vagones de carne,
pasan los camellos igual que un inmenso
telégrafo antiguo de torres errantes...

IX

LOS INSECTOS

Van los insectos primorosos
que son la gracia y la alegría,
volando al sol caliginosos
como un tropel de pedrería.

Pasan las líricas abejas
dando sus notas musicales
cual si exhalaran dulces quejas
cantando al son de sus panales.

Desparramando sol y brío
van las cigarras zumbadoras
que abren los frutos del estío
igual que llamas tembladoras.

Cruzan luciérnagas errantes
formando círculos y cruces
cuyas dos alas cerdeantes
fingen dos ráfagas de luces.

Van las hormigas diligentes
cual largas hebras andadoras,
en el trabajo resistentes,
en la obediencia profesoras.

Cruza con ímprobo trabajo
bajo del cono de su espalda,
el rastreante escarabajo
con su armadura de esmeralda.

Entre sus alas resonantes
que imitan són de recios chorros,
iguales á ébanos volantes
van bajo el sol los abejorros.

Vienen los libres saltamontes
de ojos cual túrbidos asfaltos,
que en nube bajan de los montes
como ancho río que dá saltos.

Brillando al sol sus mil aristas
van los mosquitos susurrantes,
cual remolino de amatistas,
cual polvareda de brillantes.

Cruzan los tábanos en coro
de ágil cintura y fórma vana,
con panza aguda tinta en oro
que se repliega cual persiana.

Como en el viento rotas chispas
que llevan alas funerales,
pasan las trémulas avispas
con sus violines musicales.

Va la libélula preciosa,
tirabuzón de mil colores,
como una flecha milagrosa
hecha con tintas de cien flores.

Cual tonos sueltos de tapices
que tejen danzas estivales,
cruzan las moscas de matices
con vivas alas de metales.

Y como nota la más bella
de la visión esplendorosa,
cual escapada de una estrella
vuela la errante mariposa.

Es una llama de colores
suelta del viento en las escalas,
es una risa hecha de flores,
es una luz presa en dos alas.

Un hondo aplauso delirante
ríndele el público selecto,
cual si París por un instante
se maniatara de un insecto.

Y tras sus vuelos encendidos,
retembladores y livianos,
huyen los ojos seducidos,
tiéndense, trémulas, las manos.

X

EL AVESTRUZ

Sobre dos zancas gigantes lleva erguida la figura
de que surge en tramo recto la larguísima garganta
que un bambú de plumas finge y á los aires se levanta
sosteniendo la cabeza cual crestón sobre su altura.

Es su clámide un gran manto de riquísima tersura,
cada pluma es un prodigio que de luces se abrillanta,
y al medir en la carrera las planicies con su planta,
cual banderas abre al viento sus dos alas de hermosura.

En su estómago hay potencia de vivísimos crisoles;
peina el velo de su traje con los peines de mil soles;
cruza audaz el horizonte con sus dos remos brutales.

Y parece una ese enorme que en dos piernas disparadas,
va cual tren vertiginoso recorriendo á zancajadas
el inmenso mar de fuego de los blondos arenales.

XI

EL CONDOR

Cual si recia catapulta lo lanzara de los suelos,
sube y sube en anchos círculos sobre montes y paisajes;
balancín son sus dos alas dividiendo los celajes
que se encumbran y se encumbran á roper más altos velos.

Como un arco de sí mismo, lo disparan sus dos vuelos
con la furia zumbadora de sus combos varillajes,
y aun más alto va rasgando los azules cortinajes
hasta alzarse á la rotonda deslumbrante de los cielos.

Allí lanza un grito heroico como canto de victoria,
y otra vez aun sube y sube tras lograr la altiva gloria
de mirar lo que en el fondo de los astros hay escrito.

A estrellarse en Dios va recto por innúmeras escalas,
pero entonces Dios lo coge por las puntas de las alas
¡y lo cuelga cual milagro del azul de lo infinito!

XII

EL PAVO REAL

Desplegando el varillaje de sus plumas prodigiosas,
copia al sol en cien portentos y lo suma y multiplica,
y después que de esplendores su pantalla glorifica
la florece y la recama de retinas luminosas.

A su amor hace la rueda con sus plumas milagrosas
que de tintas, y de sedas, y de luces la fabrica;
y por más magnificencias, endiosado se salpica
la riquísima baraja con un cúmulo de rosas.

El velámen prodigioso pone en alto y lo pasea,
á la vista de su amada lo columpia y balancea,
mientras toda la vitela siembra el sol de lámpos rojos.

Y ante tal portento piensa la ilusión fanatizada,
que es la cola de pupilas retemblantes constelada,
¡Dios que vuélvese abanico para ver por cien mil ojos!

XIII

EL CISNE

Como góndola que viene de las islas del ensueño
adelanta el cisne blanco de inviolada vestidura;
un hostiario milagroso se creyese su figura
donde guarda el sol las hostias virginales de que es dueño.

Oración de plumas finge su ropón casto y sedeño,
metafísico es el traje que lo viste de blancura,
y desfila la Belleza bajo el arco de hermosura
de su lírica garganta de que Dios hizo el diseño.

Cual sus manos conmovidas junta y abre el sacerdote,
abre y cierra tus dos alas, y tu misa ¡oh cisne! flote
sobre el haz de tu plumaje de alabastro y de Carrara.

Con tu pico alza la Forma por encima de tu cuello,
tú, Ministro de lo blanco, tú, Ministro de lo bello,
cual si alzases á la luna de los mármoles de un ara.

XIV

EL IBIS

Viene el Ibis faraónico; es hierático su estilo;
de carmín pinta sus ojos; viste el pico de negrura;
y una pluma de sus alas de dramática hermosura,
mata eléctrica si toca por la espalda al cocodrilo.

Mientras ve la luna, empolla sus crisálidas tranquilo;
en un pié pasa las horas como inmóvil escultura;
y si allá en los horizontes aparece su figura,
se desborda por cien brazos la gran ánfora del Nilo.

Comentaron su prestigio de misterio, encanto y oro,
Juvenal y Zoroastro, Aristóteles, Diodoro;
su leyenda es una lámpara que en el tiempo gira y gira.

Paso al Ibis; paso al mito de mentira impenetrable;
paso al ave consagrada de ilusión inmarchitable,
¡que al ser bella, es religiosa, como el Ibis, la mentira!

XV

LA FARMACIA

Cual un *paso* sublime, la Farmacia,
encima de mil hombros conducida,
viene como una síntesis soberbia
de los montes, los mares y los cielos.
Ella es el gran misterio impenetrable
de la balumba universal de estrellas
y del haz de sistemas planetarios
que satura de soles lo infinito.
Hay una inteligencia replegada
en cada seno del botámen de oro
que se alarga en renglones geroglíficos
por los estantes de tallado cedro.
Ser frascos cerebrales se creyese,
que analizan los rígidos problemas
del destino del hombre, cual cerebros
cerrados y profundos, que en el fondo
del silencio, meditan en la muerte
y en el bello milagro de la vida.

Es órgano sin fin el Universo
de inacabables flautas siderales,
que van á dar á cielos infinitos
en forma profusísima de mundos;
y como en el teclado de un armonium
engranados se extienden los marfiles
y un largo són responde á cada tecla
que vuela y suma hermanas vibraciones,
así á cada vasija diminuta
donde los alcaloides se enringleran
cual teclado de químicos secretos,
responde la materia que es análoga
y está al ramaje universal prendida,
formando todas el triunfal cordaje
de que es arpa grandiosa la Farmacia
y preludia la mano de la Ciencia.
Transformada en insólito organista,
ella estudia la magna partitura
de frascos y materias pensadoras,
de filtros y de cálidos crisoles,
de cápsulas y sabios alambiques,
para atajar el paso de la muerte
por medio de milagros vegetales
ó del poder que el mineral encierra.
Cual van los garabatos epilépticos
por las páginas bellas de una ópera
describiendo renglones misteriosos
con signos, cifras y señales raras
que forman el armónico conjunto
de acordes y sublimes armonías,
van también las caóticas sustancias,
las hojas saludables y benévolas,
los jugos y piadosos específicos
trazando sus renglones generosos
por los estantes cual por un pentágrama,
y escribiendo los temas de otra ópera
que canta la salud y la alegría
y rompe en triunfadoras carcajadas.

Oye el hondo cerebro la cadencia
de las voces del químico teclado
que pulsa el gran espíritu de Hipócrates
al herir alcaloides y sustancias.
Toda la Creación es medicina
al resonar, tañida por sus manos,
y todo dá su gota de consuelo,
la gracia deliciosa de su láudano,
el zumo temblador de su alegría,
para bajar hasta el dolor, y hacerlo
prisma de luz donde la risa tiemble
y el himno eterno de la vida cante.
París aclama al órgano estupendo
que va sobre mil hombros conducido
como el primer prodigio de la tierra,
y pone los oídos interiores
en la cadencia de órbitas distantes
que resuena cual música infinita
cada vez que las manos prodigiosas
pulsan los alcaloides como teclas
y allá se escuchan en remotos astros
las grandes notas de zumbar inmenso.
Hiere un dedo la tecla del mercurio,
y vuela entre el ramaje de los soles
revibrando el sonido, que se extiende
por el azogue universal; preludian
la laca, la estronciana y el azufre,
y estalla un són como bengala enorme
que desparrama su penacho rojo
por escalera innúmera de espacios.
Suena en el gran teclado la morfina,
y se adormece la Creación; estalla
la cafeina, y resucita y tiembla;
vibra el éter, y asfixiánse los hombres;
fluye el vital oxígeno, y reviven;
zumba el marfil del agua, y se presienten
los rugidos de Atlánticos ignotos
tendidos en los planos de otros orbes;
canta la cocaina milagrosa,

y para el curso del dolor humano;
todo responde al número de signos
de que es cifra y compendio la Farmacia
tañida como un arpa por Hipócrates.
Una triunfal receta perdurable
es todo el Universo. Entre el asombro
de las manos que aplauden y las almas,
pasa el órgano enorme de la Ciencia
llevado en los mil hombros resistentes,
como teclado inmenso de los mundos,
como la vasta clave de los cielos.

XVI

LAS ARAÑAS Y LOS GUSANOS DE SEDA

—«¿Cuántos son tus hijos?»—Dios dijo á la araña.
—«¿Cuántos son mis hijos? Míralos aquí;»
y mientras huían por leves alambres,
contó, uno, diez, veinte, treinta, ciento, mil.

Por los luminosos alambres rientes
que leves brillaban heridos del sol,
cual titiriteras se iban deslizando
las locas arañas como una visión.

—«A hilar, hijas mías, á hilar presurosas;»
y de alambre á alambre del vivo metal,
empezó el gran baile de raudas madejas
á tender los hilos del amplio telar.

Los husos veloces hilaron la randa,
las ruecas bailaron su danza veloz,
y atóse una hebra, y atóse otra hebra,
y atáronse miles y atóse un millón.

—«Muy bien, hijas mías; habéis fabricado
con suma presteza la red del tapiz.»
Por todos los hilos corrieron cien iris
latiendo y temblando con largo reir...

Mas cruzó una ráfaga furiosa de viento
y agitó los cables con tal confusión,
que arrolló la ardiente madeja del toldo
y en grandes girones sus fibras rompió.

—«Se ha roto, hijas mías, la espléndida hamaca;
á vestir con otra la red de metal;»
los husos movibles bailaron de nuevo,
las ruecas volvieron de nuevo á bailar.

Y por los sutiles, alambres rientes,
el tropel diabólico de arañas corrió,
y quedó la hamaca de nuevo prendida
cual toldo temblante de líneas de sol.

Paseó la brisa su manto invisible,
sacudió violenta su libre cendal,
y las mil amarras del velo prismado
volvieron, heridas, de pronto á saltar.

Y tornó la nueva tarea incesante,
y vuelta á romperse las hebras del tul,
y tornó la danza veloz de las ruecas,
y volvió á rasgarse la hamaca de luz.

***

Detrás condujeron en lechos de cañas
los bellos gusanos de seda, el telar,
y con tardo ritmo movieron los hilos
para hacer la trama lujosa de un chal.

Vibró el compás lento, corrió el tiempo tardo,
y al cabo tejieron el haz del mantón;
sacudiólo el viento con rabia imponente
y ni un hilo solo del chal se rompió.

E igual que un milagro de tela bordada
brilló el deslumbrante cendal de tisú,
y cayeron risas de Dios en sus hebras
por las que corrieron en olas de luz...

XVI

EL LEÓN

Sus huesos son urdimbre de recia contextura,
combinación de llaves de empuje prepotente,
y tiene la figura de un yunque resistente
basado en cuatro garras de trágica bravura.

Sus ojos son dos grandes topacios de hermosura
con dos hondas retinas de intensa luz ardiente,
dande hay un ancho ensueño de magno rey de Oriente
que velan rubios párpados de piel de felpa dura.

Tiene un profundo canto que imita á la tormenta
que por su real garganta como un cañón revienta
mientras sacude al viento magníficas zarpadas.

Y es de las llamas mismas afrenta y vilipendio,
pues finje su cabeza que sale de un incendio
vestida de melenas y rojas lumbraradas.

XVII

EL CABALLO

Un Niágara te cuelga de crines hechas rizos,
corcel salvaje y libre, corcel esplendoroso;
tu cola es la caída de un arco luminoso,
y son curvas de gloria tus brazos movedizos.

El sol en redondeles triunfales y pajizos
se extiende por tu manto de brillo prodigioso;
y en las tronadas roncas, el rayo impetuoso
rebota en tu redonda grupera los granizos.

Vienes atrás dejando los conos de mil montes,
vienes atravesando mil puertas de horizontes
tendidas cola y crines como una catarata.

Tus cascos musicales del son tienen la ciencia,
y es tu relincho heróico de fuego y de vehemencia,
tirabuzón que forma guerrera escalinata.

XVIII

EL ELEFANTE

De un reino fabuloso de ciclopes potentes,
vienes, gran elefante de enorme arquitectura;
un templo primitivo parece tu figura
andando con tus cuatro columnas resistentes

Espadas son tus combos colmillos relucientes,
tu trompa es un penacho de bárbara hermosura,
y tu tremenda espalda de prodigiosa anchura
llevó reyes, castillos, y príncipes y gentes.

Al ver cerca tu cuerpo de inmenso mastodonte,
tapas con tu silueta gigante el horizonte
como una torre bíblica sobre un confín abierto.

Y que eres sueña, al verte, la absorta fantasía,
pirámide que, un tiempo, de roca parecía,
y echó á andar por el plano grandioso del Desierto.

XIX

LA CIGARRA

Silencio; es la cigarra, la doctora,
la que enseñó á Virgilio la poesía
y dió á las viñas griegas su armonía
cual bordón inmortal de luz cantora.

Aun pasa con su lira triunfadora
ardiendo en entusiasmo y energía;
encerrado en sus élitros va el día,
escuchad su canción abrasadora.

Sér en la roja siesta enardecido,
es un ascua del sol hecha alarido
que á su propio calor fundirse quiere.

Quema al cantar su real naturaleza,
canta por el amor á la belleza,
canta á las almas, y cantando muere.

XX

CARRERA DE ÁRBOLES

Se oyó un hondo zumbido de bosques agitados,
volvió la muchedumbre los ojos con pavura,
y viéronse los árboles venir arrebatados
en una apocalíptica carrera de locura.

Los árboles frenéticos de todas ciudades
los que adornaron calles y plazas y jardines,
sonando á remolinos de intensas tempestades
vinieron desde el fondo de todos los confines.

Los hombres desgarraron sus nidos y sus frondas,
los hombres deshicieron sus ramas en pedazos,
los hombres les hirieron con piedras y con hondas,
los hombres les rompieron los troncos y los brazos.

Y como roto ejército que emigra de la guerra,
venían retemblando los árboles heridos,
con las raíces hondas sacadas de la tierra
enmedio de un tumulto de ciegos alaridos.

Sus pies como madejas de elásticos alambres,
huían impelidos con paso monstruoso,
echando sus tentáculos de trémulas raigambres
como la planta inmensa de un cíclope asombroso.

Pasaban sacudidos lo mismo que banderas
deshechos en girones al dardo de las balas,
sin pompas del estío ni verdes primaveras,
sin risas y sin luces, sin nidos y sin alas.

Vedlos; temblando avanzan con furia arrolladora
trocados en tragedias sus rústicos placeres,
y consternados vuelven la cara indagadora
á ver si vienen hombres, ó niños, ó mujeres.

Silbando como fustas sus trémulos ramajes
van como en un desfile de homéricas zancadas,
huyendo cual de un mundo temible de salvajes
con las temblantes hojas de miedo alborotadas.

Buscan las vastas selvas, buscan los bosques altos,
el maternal origen que les prestó su aliento,
y por las cordilleras irán á grandes saltos
buscando de sus cunas de riscos el asiento.

Vosotras, cordilleras, eternos oleajes
de un temporal inmenso de bloques de granito:
os buscan vuestros árboles de bíblicos ramajes;
alzadlos á vosotras y toquen lo infinito.

Ellos semejan torres que el sol viste de lumbres,
guardianes que dominan los grandes horizontes,
son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

Los hombres no merecen tener por compañía
los cedros de altas crestas y troncos perennales,
los pinos resistentes de hombruna bizarría,
las cúpulas soberbias de palmas orientales.

Ved la esbeltez del álamo pasar en la carrera
tronchadas sus aristas y vástagos lucientes;
y la olorosa acacia que cruza lastimera
llorando mustias hojas y cálices dolientes.

Cipreses inflexibles cual índices cristianos,
laureles de áureos triunfos y glorias revestidos,
pasan igual que un roto tropel de soberanos,
pasan como un desfile de dioses destruidos.

¡Oh torbellino aciago de locos vegetales
que á vuestras selvas madres subís por las laderas;
huid de entre los hombres terribles y brutales,
y os llenará de nidos el sol las cabelleras.

En épocas remotas de siglos venideros
en que en las almas entre la luz de otra cultura,
bajad entre los hombres y sed sus compañeros
cuando sus frentes sepan de amor y de hermosura.

Los árboles son torres que el sol viste de lumbres,
guardianes que dominan los grandes horizontes,
son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

XXI

Las Palomas

Vienen las palomas plenas de blancores,
los palomos roncos de acentos viriles,
ellas destinadas á encender amores,
ellos destinados á ser varoniles.

Un traje de monja le tejen las plumas
á las pasionales, candentes palomas,
como si llevasen las alas de espumas
de fé saturadas y castos aromas.

Una gola blanca como una mantilla
circuye la comba gentil de sus cuellos,
donde les derrama como maravilla
el sol su gran jarro de vivos destellos.

Y sus patas rojas de nervios vitales,
al hollar el suelo menudas y bellas,
van timbrando el polvo con vivos corales
cual si lo timbraran con signos de estrellas.

Ellos se engalanan de un prisma brioso,
de un manto que lleva prendido en las alas,
un volcado búcaro de luz milagroso
que hace con sus tintas teclados y escalas.

Sus vuelos rumbosos de real bizarría
los abren haciendo la rueda amorosa
en torno á la novia de blanca poesía
que enarca su cuello sencilla y graciosa.

Tercos le dirigen un trémolo ronco
que de las palomas la sangre subyuga,
madrigal que sale colérico y bronco
de la tembladora, candente pechuga.

Es un llamamiento de amor persuasivo
que hacen con el fuego del ansia suprema,
un canto que fiero manda imperativo
como el que se abrasa, como el que se quema.

Tiembla al emitirlo la ansiosa garganta
llena de vehemencia, llena de coraje;
su garganta canta y el arco levanta
con furia grandiosa de ciego oleaje.

En torno á la novia magnífico ondula,
y loco de rabia la acosa y la embiste;
ella se conmueve, pero disimula;
lucha enamorada, pero se resiste.

El con más vehemencia la ronda y la llama
y le enseña el prisma de luz portentoso
donde el sol su jarro de tintas derroma
haciendo un plumaje de luz milagroso.

Sus dos bellas alas bizaro despliega
á ver si rendida de amores á él viene;
está deslumbrada, más no se doblega;
arde en llama viva, pero se contiene.

Y al juntar, al cabo, los dos cuellos ricos,
y al cruzar las llamas sus ojos intensos,
y al darse en un broche los trémulos picos,
¡París rompe en vivas y aplausos inmensos!

XXII

LOS REPTILES

Como río de venenos deslizándose sutiles
viene un mundo de terrores los sentidos consternando;
son las rayas ondulantes de los trágicos reptiles
que en visión trastornadora van sus colas arrastrando.

Viene un río de alimañas fascinantes y andadoras,
un rodar de chatas víboras como cintas diligentes,
el arsénico que pasa preso en líneas zumbadoras,
la estrignina que terrible se deslía hecha serpientes.

Va el lagarto ponzoñoso con su testa de esmeralda
de verdores que constelan arabescos policromos,
con la piel como un bordado que el sol tiende por su espalda
y pintaron sugestivos los pinceles de los gnomos.

A su lado se deslizan los obtusos escorpiones
de esquinadas coyunturas y acerado el torvo seno,
con sus series de didáctilos cual horribles eslabones
y las pérfidas vesículas estallantes de veneno.

Viene el sapo con su vientre de vejiga nadadora
y los ojos cual relieves de pupila al sol extática,
con su canto de profunda castañuela tronadora,
y la piel escurridiza como verde tela acuática.

Cruza el Crótalo-serpiente de mirada fascinante;
su cabeza es cual capullo de una flor de ténues hilos,
al que asoma como llama viperina y tililante
el flechero de la lengua como un grupo de pistilos.

El Elase coralino se desliza diligente
como línea hecha de jaspes, de berilos, de amatistas;
es reguero de colores que al cruzar resplandeciente
fanatiza la mirada con la luz de sus aristas.

El Meloc aturde y pasma de terror al ir huyendo
con su cuerpo revestido de rudísimas carlancas;
nunca el molde de lo trágico forjó un monstruo más horrendo
incrustado de cuchillos desde el cuello hasta las ancas.

Y ese paso de reptiles y de furia venenosa,
esas líneas que se arastran con silbido persistente,
al venir, divino, el eco de una flauta milagrosa,
en mitad de su carrera quedan fijos de repente.

¿Quién produce los sonidos como extraños sortilegios?
el Pastor del gran rebaño, cuya ciencia es peregrina;
bailan dulces las serpientes de la flauta á los arpegios,
y extremece hasta á los monstruos su cadencia que es divina.

En el fondo de las víboras Dios sembró chispas de gracia,
Dios sembró lo noble en todo lo feroz que el orbe encierra,
y el que tiene de la lira milagrosa la eficacia,
de amor hace que palpiten los venenos de la tierra.

Nuevamente el ritmo exhala sus cadencias pastoriles;
y á lo largo de la inmensa Procesión extremecida,
otra vez paran las aves, y los mónstruos, y reptiles,
subyugados por el canto prodigioso de la vida.

El Pastor es Cristo; juegan con su flauta las serpientes;
le rodean dando saltos las panteras fascinadas,
y las víboras se enredan á sus manos transparentes
y en mil rizos se combinan al quedar enanilladas.

El Pastor es Cristo; pasa con la luna por semblante
conduciendo el ancho río del rebaño portentoso;
lo abrillanta luenga túnica de blancura deslumbrante
y es un báculo de siglos su bordón maravilloso.

Alejándose el que excelso dá á los hombres norma y pauta,
lentamente allá se esfuman su prestigio y su grandeza;
y aun se escucha en lo distante suspirar la eterna flauta
del Maestro de la Vida, del Amor, y la Belleza.

FIN DEL POEMA

EL POETA FUTURO

EL POETA FUTURO

TOMAS MORALES

¿Eres tú el de la nueva generación riente
que llega con las manos untadas de armonía
y que cual ígneo faro conduces en la frente
para guiar las almas, la luz de la poesía?

¿Eres tú el venidero, magnífico profeta,
de Dios galardonado con inmarchitas palmas,
que en un alto cordaje de lírico poeta
cante de todo un siglo las luchas y las almas?

¿Eres el inspirado, futuro evangelista,
el genio que interprete sus hechos inmortales,
y con gigante pluma de inspiración no vista
las grabe en sus estrofas lo mismo que en misales?

Mirando al horizonte tropiezo con tu frente
cual si á su fin te alzaras como un sublime faro,
y miro el parpadeo de tu cerebro ardiente
cual órbita de un cíclope de ardor latente y claro.

Como los regios buques de máquinas grandiosas
van hacia el faro vivo cruzando el mar extenso
lo mismo que si fueran gigantes mariposas
que huyeran fascinadas á un candelabro inmenso,

así se me figura que irán como un torrente,
si fueses el sublime poeta del mañana,
las almas hacia el faro grandioso de tu frente
donde rutila un disco de lumbre soberana.

Haz de tu cuerpo un arpa con nervios de tu vida;
la red de tus arterias te sirvan de cordaje;
se un hombre prodigioso de frente embravecida
lo mismo que un humano y espléndido oleaje.

Llora con los que sufren sin porvenir ni nombre;
lucha con los que gimen por alcanzar la palma;
que tú y todos los hombres, parezcan solo un hombre;
que tú y todas las almas, parezcan solo un alma.

Tiende la vista errante por cima del planeta,
mira las grandes vías que enlazan las ciudades,
y esparza fecundante tu antorcha de poeta
por todos los caminos sus altas claridades.

Canta el inmenso tráfago de los tronantes puertos,
las cajas como témpanos, las grúas resistentes,
los largos rompeolas cual brazos siempre abiertos
á donde llegan razas y pueblos diferentes.

Cante tu amor humano las redes de ámplias vías
que cruzan por los mares, que van tras de los montes;
descorre cual biombos las vastas lejanías,
repliega cual cortinas los grandes horizontes.

Infla sobre las aguas de móviles estelas
los lienzos de los barcos como alas prodigiosas,
y cual gigantes pájaros se perderán las velas
rompiendo los confines de líneas milagrosas.

Llave tu lira sea, llave de sol fundida
que desabroche mares y términos sin nombres,
y atónita descubra que en todo el orbe hay vida,
en todas partes luchas y en todas partes hombres.

Describe las mil flotas de bélico heroismo
que atravesando piélagos sembrados de negrura,
derrumben sus cañones al fondo del abismo,
enmedio del Atlántico, bajo un alba futura.

Pinta cómo la industria que de la China es gala,
hace un mantón de seda que fulge y encandila,
y un barco que lo coje y haciendo va su escala,
deja en España el mágico pañuelo de Manila.

Describe cómo en Persia que teje los tapices
carga un solemne buque la tela esplendorosa,
y en el Tonkín distante desdobla sus matices,
ó en Nueva York despliega su trama milagrosa.

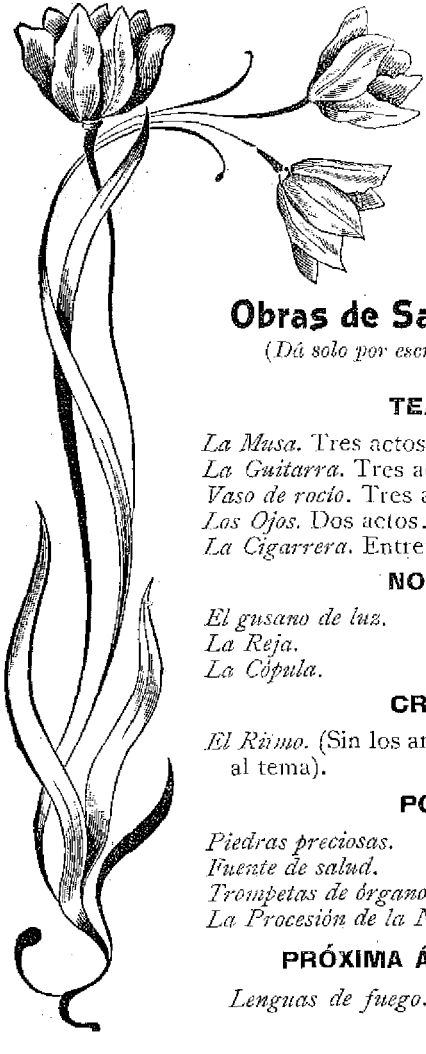
Canta cómo la túnica de japones estilo,
por una red de trenes espléndida resbala,
pasa sobre el reguero de azul del ancho Nilo
y arde á la luz de Grecia cual tela de bengala.

Las cinco grandes cuerdas de tu protéica lira
del mundo entero sean los cinco Continentes,
ó inmenso telescopio que á todas partes gira
y enfoca soles, mares, espíritus y frentes.

Todas las razas junte tu mágico renombre
como una tribu bíblica bajo una inmensa palma;
que tú y todos los hombres, parezcan solo un hombre;
que tú y todas las almas, parezcan solo un alma.

Borra las cordilleras cual altas cresterías,
aparta cual barreras los muros de los montes.
descorre cual biombos las vastas lejanías,
repliega cual cortinas los grandes horizontes.

Y si teniendo un arpa sublime y soberana
no cantas de los hombres la lucha sempiterna,
¡baje sobre tu pecho la execración humana!
¡caiga sobre tu frente la maldición eterna!



Obras de Salvador Rueda.

(Dá solo por escritas las siguientes:)

TEATRO

La Musa. Tres actos.
La Guitarra. Tres actos.
Vaso de rocío. Tres actos.
Los Ojos. Dos actos.
La Cigarrera. Entremés.

NOVELA

El gusano de luz.
La Reja.
La Cópula.

CRÍTICA

El Ritmo. (Sin los artículos del final, agenos al tema).

POESÍA

Piedras preciosas.
Fuente de salud.
Trompetas de órgano.
La Procesión de la Naturaleza.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

Lenguas de fuego. (Tomo de poesías).